

## **COPIME. Acto 24 de agosto de 2005**

### **Palabras del Ing. Horacio C. Reggini**

Nos reunimos hoy para reconocer la labor de ingenieros que cumplen cincuenta años en la profesión. La doble característica del momento que compartimos es de ser, para algunos una ocasión de miradas retrospectivas a sus actividades; para otros más jóvenes, un recordatorio de algo que también les llegará. La asimetría no modifica el hecho de que, como cualquier acto de homenaje, -se repita o no- recuerde el orden del tiempo y, también, del esfuerzo meritorio de la noble función del ingeniero.

Este clima quiero destacar hoy, en el que alguna nostalgia asoma en nosotros. En esta época que exige de hombres sacrificios considerables deseo referirme a un relato del gran historiador Tucídides (c. 465-395 a. J.C.) que hizo de su *Historia de la guerra del Peloponeso* una obra maestra. En ella cuenta en forma notable los rasgos y las causas de aquel infortunado conflicto entre Atenas y Esparta. Al final, voy a rescatar un aspecto que creo muy ligado a nuestras circunstancias.

La guerra entre Atenas y Esparta llevó a desarticular y a desmoronar un régimen de gobierno que llevaba siglos de vida vigorosa y de paulatino perfeccionamiento. Fue según Tucídides, el mayor desastre que aconteció a los griegos, y consecuentemente, a la mayoría de los hombres.

Los enemigos, Atenas y Esparta, no parecían querer la guerra. Ni una ni otra la provocaron. Cada cual fue dando pasos pequeños pero irreversibles que llevaron al enfrentamiento. En rigor, la guerra fue acicateada por ciudades menores. A lo largo de su obra, Tucídides señaló dramáticamente como se fueron encadenando los hechos que urdieron la funesta trama que llevó a la guerra.

Atenas había formado con los años una poderosa liga; todos sus miembros reconocían su hegemonía, le pagaban tributo y en algunos casos, le aportaban soldados y trirremes (los famosos navíos de guerra con tres hileras superpuestas de remeros). La isla de Delos recibía los tributos que eran destinados a grandes obras públicas y a favorecer el desarrollo de intelectuales y artistas, tal como aconteció en Florencia en la maravillosa época del Renacimiento. Esparta, en cambio, no recogía ventajas económicas pero ejercía

dominio político en las ciudades que integraban su propia constelación; imponía con rigor un régimen político vigilado por sus delegados y asegurado por las guarniciones de sus soldados. El poder de Esparta llegaba hasta donde podía acantonar a sus hombres; el de Atenas hasta donde podía amarrar sus trirremes.

Las dos ligas que encabezaban Atenas y Esparta no sólo diferían en las líneas de sus políticas externas. Lo que más las alejaba era el sentido de los regímenes políticos internos. Esparta vivía bajo el mando de una fuerte y poderosa minoría en que el Estado ejercía un dominio sobre todos sus súbditos. En Atenas, en cambio, se había desarrollado una forma de gobierno peculiar basada en dos creencias fundamentales: primera, el poder emanaba del conjunto de miembros de la comunidad; y segunda, una participación amplia de los ciudadanos en la conducción del gobierno.

El régimen ateniense funcionaba bajo la tutela de un gran estadista: Pericles (c. 495-429 a. J.C.) quien estaba convencido de que la guerra emprendida contra Esparta tenía como finalidad la defensa de su régimen de gobierno. Por eso, aprovechó la ocasión de un discurso durante el primer año de la guerra para trazar la definición y hacer el elogio de la democracia ateniense. Su discurso refresca hoy nuestra memoria y muestra las grandes coincidencias entre la gran potencia marítima y financiera de la antigüedad y las etapas más brillantes de la evolución del mundo moderno y de su organización democrática y liberal.

Pericles fue inflexible en la decisión de aplicar en la guerra que comenzaba la estrategia más segura, por muy impopular que ella fuera. Obligó a los pobladores de toda la liga a abandonar sus campos y sus casas y a guarecerse detrás de los muros de las ciudades y los puertos. Así quería evitar la tentación de salir a desafiar el poderío espartano para buscar una definición a través de una batalla terrestre. Mientras el régimen político ateniense contó con Pericles y su mesurada estrategia, la suerte de Atenas pareció asegurada. Pero muerto Pericles el régimen ateniense comenzó a tener graves sacudidas y la sabiduría de aquella generación madura fue sustituida por el despliegue de hombres jóvenes -como Alcibíades (c. 450-404 a. J.C.)- quien había de precipitar la guerra por la pendiente de la derrota y socavar las bases de la constitución de su país hasta provocar la lucha civil y el caos.

Esparta, en cambio durante la contienda, mantuvo una estrategia firme, desarrolló una intensa política exterior y no introdujo la menor alteración en su régimen político, en el que predominaban los hombres de edad madura y experimentados. Su estrategia, sostenida por el Senado compuesto de veintiocho hombres de edad elevada, subordinó la aplicación de la violencia militar a las exigencias y limitaciones de la política. No se dejó llevar por ningún apresuramiento; decidió su entrada en la guerra recién cuando contó con aliados decididos con los que pudiera equilibrar la superioridad de Atenas y de su poder naval. Los sabios senadores espartanos buscaron los puntos débiles de la liga encabezada por Atenas y fueron provocando el vuelco de las situaciones internas de sus aliados de manera paulatina. La decisión fundamental de Esparta fue la de no intentar la definición de la guerra gracias al poderío militar superior de que disponía en tierra, sin reparar en su costo. Y el error catastrófico de Atenas, desaparecido Pericles, fue el dejarse llevar a expediciones de ultramar, como la de Siracusa, ante cuyas murallas se estrelló su ejército y en cuya bahía se hundió lo mejor de su flota.

La victoria final de Esparta se apoyó en una gran estrategia. Sus artífices fueron los astutos ancianos que componían su Senado. Ellos demostraron que la política podía superar a la violencia. Tucídides fue el gran testigo del saber y el poder de los hombres viejos de su tiempo. Su lección no ha sido siempre comprendida ni, por consiguiente, aprovechada. El mito de la dinámica de la juventud generalmente arrolla la política prudente de los más maduros. A lo largo de la historia es posible observar la ventaja que los hombres de más edad llevan a los más jóvenes en el manejo de la humanidad.

Con mis palabras y la reflexión anterior quiero hacer notar ante ustedes mi preocupación y esperanza de que pueda modificarse en el futuro esa barrera de los sesenta y cinco años que limita a los profesores de la comunidad universitaria argentina y a los directivos de muchas empresas estatales y privadas en relación de dependencia, que por razones burocráticas -no exentas a menudo de intereses mercantilistas- tronchan la actuación de valiosos ingenieros. Ello causa en algunos una desazón profunda y ocasiona la pérdida de aquilatadas experiencias. Lo que fue en el pasado una importante conquista social, ha trocado su carácter al interrumpir prematuramente trayectorias de excelencia.

Con sus largos 80 años, el Ing. Vittorio Orsi, aquí presente, es un ejemplo de profesional activo, pleno de vigor y sabiduría en su extenso y constante quehacer. A él, también queremos brindarle, nuestro cariñoso homenaje.

**Ing. Horacio C. Regini**

Miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Argentina (1987), de la Academia Nacional de Educación (1999) y de la Academia Argentina de Letras (2005). Miembro titular de la Academia Argentina de Artes y Ciencias de la Comunicación (1997) y miembro correspondiente de la Academia de Ingeniería de la Provincia de Buenos Aires (1991). Decano de la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas e Ingeniería de la Pontificia Universidad Católica Argentina.